

LAS BELLAS ARTES Y LA NATURALEZA

La joven Lorena Martín Cid, pintora en ciernes ya prometedora. Es una sandez conceptual considerar que depende de la sola opinión personal, del ojo de cada quisqui, la belleza o fealdad de las producciones de las Bellas Artes. Las leyes de la estética son las mismas que rigen las de la Naturaleza, por lo que la impresión de la belleza es un resorte casi automático—el «casi» lo concedemos por si se tiene educación estética o no—del espíritu de todos los vivientes. Cuando en las Bellas Artes se comenzó a aplicar el criterio castizo de «para gustos, se hicieron los colores» se abrió la puerta de par en par a la fealdad, al adefesio (perdón, querido San Pablo), a la estafa y al camelo. La belleza en las Artes no puede fundarse en la opinión individual del espectador, sino en el «sensus communis» de la especie (Shaftesbury). La armonía es armonía por naturaleza, por pésimo que sea el oído de alguien o por mal que juzgue alguien de la música. Y aunque nos volvámos todos godos y perdamos el buen gusto, toda belleza está fundada en la naturaleza. Sólo el Arte que oye los reclamos de la naturaleza y los sigue ética y estéticamente es Arte. Y todo Arte generado por una ideología de conveniencia y opinión es un artefacto feo, torpe e inhumano. El misterio de las Bellas Artes es una emanación de la Naturaleza, y esa emanación pasa por el humano instinto hacia la belleza y lo elevado, sin que intervenga de entrada nuestra razón. La «natura naturans» palpita y se hace sentir en las Bellas Artes como «natura naturata».

El verdadero artista debe crear bajo el impulso natural de intuiciones o visiones que no tiene derecho a dejar perder, creando medio a ciegas las iluminaciones que le sobrevienen. Dírase que para el espectador de la belleza viene de la misma razón natural el padecer la misma impresión ante un buen producto de las Bellas Artes que ante un buen culo de mujer. Y esto no es una zafiedad cretina, el mismo maestro del ratióvilismo creía también en ello. Naturalmente que su discípulo, Julián Marías, no. Pero ya don José lo decía: «Si me hacen la biografía / que no me la haga Marías». La denuncia en estas mismas páginas efectuada por el maestro Antonio García Treviño, una de las glorias de este periódico, contra la impostura verbosa que ha representado la crítica de Arte durante el siglo XX, está siendo no sólo un lenitivo para el «sensus communis», sino que tenemos fundadas esperanzas de que con esta denuncia y sus libros sobre el Arte en el Renacimiento se vuelva a la crítica del siglo XVIII, la de los ilustrados con los ojos abiertos, el oído atento, el tacto fino, las narices impolutas y el gusto cultivado.

En la razón inventiva de cada artista hará su reverbero y juego la inteligencia de la Naturaleza. La inteligencia humana—la sana y completa—es de naturaleza ingeniosa y artística, y necesita ver lo originario en cada latido del Universo. Y sólo si se da absoluta libertad al ingenio humano se puede garantizar que hable la Naturaleza. La Iglesia intentó frenarlo durante largos siglos: El Papa Pablo II, en los comienzos del Renacimiento, había fundado una especie de Inquisición para frenar a los poetas, presuntos restauradores del paga-



nismo. «Es difícil para un gobierno darle estatuto al ingenio» (Shaftesbury). El actual modelo de Estado socialdemócrata que padecemos, el Estado más corrupto que se ha registrado en la Historia Humana, liquidó la libertad de ingenio al subvencionar elefantíasicamente no sólo la falta de ingenio, sino la corrupción moral de las Bellas Artes en un abstrusismo hebetador y degradante de la condición humana.

Sólo un humor incesante, que despegue al artista de los prejuicios «culturales», y un ingenio libérrimo, que no ofrezca vasallaje a ninguna moda «política», sino que instaure como único Rey al propio artista, pueden regenerar el Arte, convirtiéndolo en el único fin que tuvo, un vehículo de belleza; la belleza como espectro instintivo que impregna nuestro espíritu eterno, la belleza como amable transmisora de la Naturaleza. «Del sueño de la belleza no se puede uno desarraigar, mas el ir despertando sin romperlo es lo que vale la pena» (María Zambrano, Cartas de la Pièce).

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

BARCELÓ EN SILOS

Si hay un lugar de encuentro entre el hombre y lo divino, ése es Silos. Y lo mejor de Silos, lugar de espiritualidad y peregrinaje, no es ni el claustro ni el ciprés, sino su abad. Clemente de la Serna, un monje para quien buscar, conocer a Dios, es la tarea más sublime. Más aún, la más cualificada de cuantas nos ha sido dado realizar. Y para dar con Dios, Silos acoge en estos días una exposición de Miquel Barceló, hedonista también de visiones y de tactos, y de pensar y de sentirse. Un puñado de barcelós: doce cerámicas, tres cuadros, pintados con arcilla. Tocar, trabajar, modelar el barro fue alguna vez tarea de Dios. Eso es lo que hace Barceló en esta exposición

silense: trabajar el barro, «per donar-li més vida, una altra i alta vida». Para darle más vida, sí, otra y alta vida. Cuenta Miquel Barceló que un día de 1994, en Mali, con un calor de 50 grados y mucho viento agitando arena y polvo, al no poder pintar, pidió a una alfarera un puñado de tierra. Y así coció sus primeras terracotas. ¿Crearía Dios del barro también así al hombre?



Jesús FONSECA



CENSURAS (II)



se vende al mejor postor, que exhibe sus putrefactas desnudeces sin rubor alguno, por mucho que intenten maquillarla, a veces ni eso, que el feísmo es como una plaga cada vez más gigantesca que va devorando todos los terrenos del

tiempo del ocio, cultura, culturas arropadas por la no menos sucia publicidad, arrojada día y noche al mercado en el que los necios compran gustosos las mentiras cotidianas, allí donde reina lo ficticio, la simulación más descarada. Pero no temamos, el país, con minúscula o mayúscula, todo lo consume, triuna y convierte en mercancía: y hoy será San Camilo y mañana hurgarán en las entrañas de Sánchez Ferlosio, ayer era de costa a costa Alfredo Landa y a él le seguirá Almodóvar, pero siempre quedará un rincón para Víctor Érice, y Ozores competirá con Darío Fo, y si a diario se nos ofrecen las razones de Savater también encontrará un hueco Chomski, todo para él son fetiches, valores de cambio, opiniones de usar o tirar siempre que encuentren un mayor o menor puesto de venta en el mercado en que habitan, y que no contradigan en lo fundamental a la empresa que les paga o permite vender sus productos, leamos unidos a Elvira Lindo y Susan Sontag, a Kissinger y a Ramonet, porque lo que no leamos, de lo que no se informa, no existe, se arroja el silencio, y ya se sabe, en una sociedad papantata lo que no sale reflejado en el poder del gran medio no existe. Al fin, ¿no ríen las hienas ante la presencia de la carroña? ¿Cómo no ha de refocilarle al rey de reinar entre los necios? Y los tertulianos, esa gran sombra de ignominia que mañana tarde y noche conjura sus palabras para estultificar los cerebros de los cada vez más empobrecidos seres humanos, retrán sus zafiedades permitiéndose gastar bromas o dardos, no envenenados ciertamente, sobre Aznar o Rodríguez Zapatero, según sus afinidades electivas, empresariales, diríamos mejor, sin osar una sola vez profundizar en sus juicios. Al fin, si los aberrantes espectáculos electorales casi justifican el auge de la extrema derecha—que manía esta de nominar lo que es uno en esencia, con adjetivos que pretenden ser calificadores para lo que en el fondo se nutre de idéntica sustancia— pues uno no sabe lo que es peor de ellos, si los oradores que compiten por los cargos públicos, es decir, quienes el voto solicitan, la parafernalia seudoteatral que los envuelve, o la infame turba que a manera de público los justifica, no son digo, esos bochomosos circo electorales cuestionados y periódicamente se ofrecen como ejemplo de la salud política, cultural, democrática, por supuesto, como toda autoridad competente—recoremos las frases de aquel esperpéntico 23-F—de un país, ¿vamos a extrañarnos que se censuren, perdón, se reduzcan al silencio a quienes osan pensar, discrepar, analizar, etcétera, y manifestarlo además de palabra o por escrito? ¿Tal vez no podríamos argumentar que el fascismo no se esconde tras las máscaras impuestas a determinados actores, sino que siempre se halla en esa masa incondicional que ni se atreve a disentir, ni a pensar, de lo que en nombre del bla, bla, bla se le ofrece?

Andrés SOREL